

zando a caer el agua, deshacerse a sus voces las nubes o retirarse a descargar a otra parte. Algunos con toda sinceridad vienen, antes de salir a cazar, a despedirse en la iglesia de su Santa Madre y en voz alta con su mal limada retórica le proponen su necesidad, pidiéndole les ayude y disponga que encuentren algo que traer de comer a su casa para sustento de su familia, y muy ordinariamente favorece esta benignísima Señora su sencillez, como ellos lo reconocen.»

Así como fueron construyendo iglesias en estos pueblos, procuraron nuestros Padres ir llevando desde Lima los vasos sagrados, las alhajas, imágenes y todos los objetos del culto que son de uso común en las iglesias de los pueblos cristianos. Poco a poco fueron acostumbrando a los mojos a celebrar con mucha solemnidad las fiestas principales del año, como se hacía en las reducciones del Paraguay. Para muestra de lo que eran estos actos religiosos entre aquellos neófitos, presentaremos al lector el relato de una función extraordinaria que se celebró en el pueblo de San Francisco Javier a principios de 1696. El P. Agustín Zapata, párroco ordinario de aquella reducción, había hecho venir de Lima unos cuantos cuadros, para ponerlos en los altares de la iglesia (1). El principal representaba al Apóstol de la Indias, patrono del pueblo, y debía ocupar el altar mayor; otra imagen era de María Santísima, otra de San Ignacio. A éstas acompañaban algunas otras menores que deseaban acomodar en la misma iglesia.

Fué un acontecimiento para todo el pueblo la llegada de estos cuadros. «Abri los cajones, dice el P. Zapata, en presencia de todo el pueblo, que acudió a la novedad con afecto y devoción; después los fui ajustando en sus marcos de cedro, que tenían dispuestos con sus molduras y otros adornos. Estaba ya la iglesia blanqueada y con su cinta azul y se fueron poniendo por su orden... Después de armados los altares, convidé a otros Padres y acudieron a la fiesta siete sujetos. Hizose una fiesta tan solemne, cual nunca se ha visto en los mojos, porque para ello se barrió toda la plaza y sembró de arcos de palmas todo alrededor en forma de calle, y en las cuatro esquinas se pusieron cuatro altares,

(1) Todo lo que sigue lo tomamos de una carta que dirigió el P. Zapata al H. Cristóbal de Rosas, Coadjutor residente en Lima, que fué el comisionado para hacer llegar los cuadros a tierra de Mojos. Véase esta carta en Lima. Bibl. nac., *Manuscritos*, 13.

si bien éstos muy pobremente, por falta de adorno; pero supliéronlo las flores, pájaros y guacamayos vistosos que pusieron los indios. A la noche se armaron muchas candeladas en todo el cementerio de la iglesia, coronada de luminarias pintadas. Hubo variedad de cohetes, voladores, etc... Fué noche alegrísima por la novedad y multitud de gente que se juntó, pues la trajeron aquí los Padres de otras reducciones con sus danzas, que juntos todos con la variedad de cascabeles, flautas y tambores, que duraron toda la noche, no daba lugar a la melancolía.

»Al día siguiente se cantó misa solemne, adornando el altar de lo mejor que se pudo, prestado de las otras reducciones, menos la custodia y ornamentos, que se estrenó ese día, dádiva de nuestro verdadero padre y benefactor el P. Rector de ese colegio de Lima, Juan de Sotomayor. Predicóse en dos lenguas, castellana y moja, para que entendiesen los indios, y después se dispuso la procesión que guiaba la variedad de danzas. Salió nuestro Padre San Francisco Javier en sus andas a lo pobre, aunque éstas bien adornadas de plumas y flores; pero el santo iba con un manto de algodón teñido con carbón y cal, que armó el Hermano Carrillo. Seguíanle después dos indiecitas vestidas de ángeles que pudieran parecer en esa corte de Lima, con sus canastitas de ricas flores, regando el suelo por donde pasaba el Santísimo Sacramento. Este salió debajo de palio, que me lo prestó el P. Superior de la misión, pues lo tiene muy rico en su iglesia. Dióse vuelta a toda la plaza, parándose el Santísimo en los altares de las bocacalles, y el coro de muchachos cantando el *Tantum ergo*. Pusieron los indios en los altares mucha yuca, frijoles y otros géneros de su comida. La primera vez que lo vi, fuíles a reñir porque ponían aquello en los altares. Me dijeron; deja que lo pongamos, para que lo vea Dios y tenga lástima de nuestras cosechas, cosa cierto que me enterneció el oírlo. Después de acabada la procesión, se dió orden para que se matasen varias reses y comiese toda la gente del pueblo y los huéspedes.»

Es curiosa otra escena sagrada que nos refiere el mismo Padre Zapata, acontecida en el mismo pueblo. «Aquí estaba, dice, el día del Corpus un religioso dominico, llamado Fray Francisco de Torres, muy siervo de Dios, que quedó con vida y salió por Santa Cruz al Perú. Teniendo tan buen huésped, le convidé con la misa y función de ese día, y se le fué todo en llorar de ternura, viendo officiar la misa cantada con tanta gracia y concierto y las

danzas delante del Santísimo Sacramento, la procesión, altares en las cuatro esquinas de la plaza, arcos triunfales por toda ella, no siendo su menor admiración las muchas comuniones que por su mano dió ese día, pues casi medio pueblo comulgó de devoción» (1).

Pero donde más se sentía la devoción religiosa de los mojos era ordinariamente en las fiestas de Semana Santa. Enternecíanse nuestros misioneros y creo que se enternecerán nuestros lectores, al contemplar la penitencia que hacían aquellos indios en obsequio de Jesucristo Crucificado. Era ordinario disponer el día de Viernes Santo una procesión de disciplinantes, y nunca se permitía sino a muy contados el tomar parte en ella, pues siempre había muchos más pretendientes.

El P. Espejo, escribiendo desde la reducción de San José en 1697, decía: «El domingo de Ramos se hace con toda solemnidad de palmas muy adornada. El Jueves Santo, aseguro a V. R. sin exageración, se enternecería al ver el monumento tan completo de gradas y alhajado con cuantas pobres alhajillas hay aquí, terminando con un sagrario dorado muy donoso... A la noche la mitad de la Pasión fué predicada, haciéndola devota veinticinco disciplinantes de sangre, sin que hubiese uno que no tuviese bañada en sangre toda la espalda, y entre ellos un niño de doce años que sacó copiosas lágrimas a mi compañero, pues se azotaba con crueldad con pedazos de vidrio, y aunque éstos será en muchos ceremonia, pero santa y muy útil y admirable, por extraña a sus antiguas costumbres. Toda la noche velaron el Santísimo, y el Viernes Santo por la mañana los oficios y pasión a tres voces. Por la noche hubo sermón, procesión y distintos veintiséis disciplinantes. Un chiquillo se desmayó por la sangre que le salió en la procesión» (2).

En ese mismo año 1697 llegaba a la misión de Mojos al P. Estanislao Arlet, de la provincia de Bohemia, y habiendo aprendido muy pronto lo necesario de la lengua moja, se aplicó a la instrucción de aquellos neófitos. Dábale consuelo, como él mismo lo dice, ver todas las mañanas, cómo venían corriendo a su presencia los niños mojos, y aproximándose unos y otros extendían ade-

(1) Lima. Bibl. nac. *Manuscritos*, 12, fol. 331. El P. Agustín Zapata al P. José de Buendía, San Javier de Mojos, 20 Julio 1696.

(2) *Ibid.* *Manuscritos*, 13, f. 232. El P. Espejo al P. Fernando Tardío, San José, 20 Abril 1697.

lante sus caritas sonrientes, pidiéndole que les preguntase el credo y los artículos de la fe (1). Cuando el Padre, en su explicación, erraba alguna palabra, los niños, cariñosamente, se la corregían. Quedó espantado el nuevo misionero al ver la reverencia con que venían a confesarse los neófitos, y sobre todo le llenó de estupefacción lo que contempló en Semana Santa, que fué a más de quinientos indios haciendo penitencia el día de Viernes Santo. Unos se disciplinaban, otros tenían los brazos en cruz atados en un palo, otros se habían puesto coronas de espinas en la cabeza, y todos estaban orando delante de la imagen de Cristo Crucificado con una devoción, que arrancaba lágrimas de ternura a los espectadores (2). Tal fué el fruto espiritual que se consiguió de aquellos neófitos en el espacio de pocos años, fruto ciertamente inestimable, que procuró conservar la Compañía todo el tiempo que perseveró en América hasta que fué expulsada por Carlos III.

7. En los últimos años del siglo xvii, el P. Diego Francisco Altamirano, Visitador de la provincia del Perú por el P. General Tirso González, juzgó necesario acercarse a estas misiones y presenciar, al menos en parte, lo que se hacía en aquella empresa apostólica. Hasta entonces ningún Provincial ni Visitador del Perú había puesto los pies en la humilde residencia de Santa Cruz de la Sierra. Mirábase este domicilio, como el extremo del mundo para aquella provincia, y contentábanse los Provinciales con dejar allí cuatro o cinco religiosos de confianza, que empleaban su celo en santificar a los pocos españoles de la población y a los indios que vivían en sus contornos. El año 1700 determinó el la-

(1) «Volute est illos videre, matutino tempore, ad doctrinae explicacionem, sub noctem ad vespertinas preces, tam alacres turmatim concurrere. Parvulos inter se non sine amica rixa certare, quis propior adstare Patri, quis prior fidei mysteria e memoria dicere debeat.» *Epistola Patris Stanislai Arlet... ad Patrem Generalem 1 Decembris 1698.* Es un ejemplar impreso que poseemos.

(2) «Ultra 500 indos Veneris Sancti die in se desaevientes vidi. Tenerrimum autem pietatis sensum ac lachrymas mihi movere tenelli induli indulaque, qui alligatis ad extentas per crucem manus grandiusculis palis, capite spinis intecto, ac oculis modeste in terram fixis, ante Crucifixi simulacrum, ultra horam immoti steterunt, tam innocenter, ac serio morientem in Cruce Dominum referentes, ut viderentur Salvatori suo commortui. Spectaculum dignum quod ipse Beatissimus Pater spectasset, ivissentque ultro in lachrymas tam sancti oculi.» *Ibid.*

borioso P. Altamirano adelantarse hasta Santa Cruz de la Sierra y penetrar en las misiones de Mojos. El mismo nos da la noticia de lo que pudo hacer en aquella excursión, que fué muy provechosa para todos los misioneros (1). Llegó a Santa Cruz el 16 de Junio de 1700, y después de visitarla, buscó embarcaciones para adelantarse al territorio de las misiones.

En once días de camino llegó a la primera reducción de Loreto. Fué recibido con extraordinarias muestras de alegría, pues ciertamente era un caso estupendo y nunca visto en aquellos países presentarse allí el superior de toda la provincia del Perú. El P. Altamirano observó todo lo que se hacía, habló por medio de intérpretes con los mojos, procuró fomentarles en la fe y en las prácticas cristianas, y rodeado de la veneración de todos pasó adelante a la reducción de Trinidad. Visitada ésta, se adelantó a la de San Pedro, y aunque él no lo menciona, suponemos que se detendría algún tanto en la de San Javier, que se halla a medio camino entre Trinidad y San Pedro. Examinadas estas cuatro reducciones, no creyó necesario extenderse en visitar las otras más distantes, pues sería gastar mucho tiempo y exponerse a gravísimas penalidades, si quisiera ir recorriendo una por una todas las estaciones apostólicas que entre aquellos recónditos bosques habían entablado bien o mal nuestros Padres. Volvióse, pues a la primera reducción de Loreto, y convocó allí a los misioneros, de los cuales acudieron la mayor parte, para deliberar con él y tomar las decisiones que se creyeran convenientes (2).

Lo primero que procuró el Visitador, y estaban todos deseando, era facilitar en lo posible la cuestión del idioma, pues como eran tantos los que se hablaban en aquellos bosques, presentaba una dificultad casi insuperable el pretender aprenderlos todos. ¿Cómo remediar esta necesidad? Pareció lo más oportuno difundir entre todos los neófitos el conocimiento de la lengua general moja, imprimiendo para esto la gramática y catecismo que ya tenía escrito el P. Marbán. Por medio de estos libros irían aprendiendo los niños las verdades de nuestra fe, y se irían habituando a usar el mismo idioma. Los libros se imprimieron poco después en Lima, asistiendo a la impresión uno de los misione-

(1) Léase su *Historia de la Misión de los Mojos*, cap. 14 y siguientes.

(2) Todo lo que sigue sobre esta reunión de los misioneros lo tomamos del mismo Altamirano, *Historia de la Misión de los Mojos*, cap. 14 y 15.

ros de Mojos, que el P. Altamirano llevó consigo a la capital del Perú. Procuraron nuestros misioneros tener su escuelita en cada reducción, y en ella enseñaban a leer y aun a escribir a los niños. Fuese mucho o poco lo que aprendiesen, es lo cierto que se iban todos acostumbrando a entenderse en el mismo lenguaje.

Otro punto en que insistió mucho el P. Visitador, fué el introducir entre los indios la forma de vida civilizada. Para esto ordenó que todos los años fuesen elegidos en cada pueblo dos indios alcaldes, cuatro regidores, un ejecutor, un procurador y un portero. Estos debían formar el cabildo secular de la reducción. Bajo la dirección del Padre Cura debían estos indios irse habituando a las funciones municipales, a poner orden en el pueblo y a reprimir los desmanes que nunca podían faltar entre salvajes recién sometidos al yugo de la ley de Dios. Como se ve, se reprodujo entre los Mojos, en parte, aquella organización que se había establecido en las reducciones del Paraguay.

También deliberaron los Padres sobre las providencias que se podrían tomar para asegurar el sustento de los indios reducidos. Hasta entonces alimentábanse estos indígenas con el pescado de los ríos, con las aves de caza y con algunos productos que recogían en el cultivo rudimentario de la tierra. Desde luego observaron los misioneros, que el sustento de la caza era muy peligroso para las reducciones, pues obligaba a los indios a dispersarse entre los bosques. Creyóse conveniente el fomentar la agricultura, e introducir las semillas que pudieran multiplicarse en aquella tierra. No se podía dar en ella ni el trigo ni la vid, pero en cambio prendió bien la mandioca del Paraguay, con la cual se hacía un pan que suplía medianamente la falta del pan ordinario. También se introdujo el cultivo del arroz que se dió muy bien en aquella tierra. Encargó el P. Visitador que se enseñase a los indios a labrar la tierra con bueyes y arados, y hacer plantaciones de caña dulce, que allí se lograrían tan bien como en el Perú. Después de esto mandó averiguar si se descubría alguna tierra, donde pudiera darse el trigo y la vid, pues era una preocupación bastante grave en muchas de estas misiones el tener los elementos indispensables para decir misa. Si recordamos el hecho de que algunas veces se vieron privados de este consuelo los misioneros de América durante cuatro y seis meses, por haberse perdido en el camino las hostias y el vino que llevaban, entiéndese

la solicitud con que se aplicaban a buscar terrenos que produjesen el trigo y la vid.

Merece algún recuerdo otra providencia curiosa que tomó el P. Visitador, y fué procurar que se acostumbrase a algunos muchachos al oficio de cocineros. Costó bastantes dificultades hacer que este oficio lo ejecutaran los varones, porque era como un axioma entre aquellos indios, que la comida debían prepararla solamente las mujeres. Como nuestros misioneros no podían sustentarse sin peligro de la salud con los alimentos rudos y primitivos a que estaban acostumbrados el paladar y el estómago de aquellos salvajes, tratóse de tomar las medidas necesarias, para que no les faltase el alimento proporcionado a su salud y a sus hábitos de europeos. «Para esto, dice el mismo Altamirano, se reconoció precisamente necesario introducir varones cocineros, que pudieran ejercitar su ocupación dentro de la casa, lo cual se efectuó, escogiendo muchachos capaces de enseñanza que se admitieron, cuidando los Padres de vestirlos mejor que a los demás y regalarles, y con esto en breve se amoldaron y les enseñó un Hermano coadjutor este oficio»... (1) Ultra de esto manda el Visitador que se hagan sementeras grandes en las tierras propias de cada reducción de arroz y caña dulce y todo género de legumbres, de que fuere capaz la tierra. Item, para el vestuario de los Padres y de los indios cultivese algodón hasta poder suplir la falta de lino, mientras no se hallare semilla de esto en la cantidad suficiente para tejer ropa blanca de las iglesias y de misioneros.

Concluyamos la noticia de lo que resolvió el P. Visitador con este parrafito escrito por él mismo, sobre las artes e industrias que fueron enseñando a los indios Mojos. «Enseñanles también los misioneros por su persona y por las de Hermanos coadjutores muy diestros, los oficios mecánicos que no saben de carpintero, albañil, herrero, sastre, zapatero y otros semejantes, y necesarios para la vida política y religiosa, y también algo perteneciente a la curación de heridas y enfermedades, para lo cual han entrado ya Hermanos diestros cirujanos y entendidos en medicina, que han sido muy útiles no menos que cualquiera misionero. Tal es el Hermano Diego Urbe, francés de gran caridad y espíritu» (2).

(1) *Ibid.*, cap. 14.

(2) *Ibid.*, cap. 15.

Lo último que determinó el P. Visitador fué relevar de su oficio al ya quebrantado y anciano Padre Marbán, que durante veintiséis años había soportado el principal peso de aquellas misiones. Desde el 1675 hasta el 1701 no hubo otro superior en Mojos. Entonces el P. Altamirano le sustituyó por el P. Antonio de Orellana, que ya llevaba diez y nueve años trabajando en aquella empresa apostólica.

8. Terminada la visita del P. Altamirano en 1701, continuaron los misioneros de Mojos trabajando animosamente en aquella viña del Señor, bajo la dirección del P. Antonio Orellana. Al año siguiente, 1702, tuvieron la pena de perder al más ilustre de todos ellos, al veterano P. Cipriano Barace, que consiguió, cuando menos se pensaba, la palma del martirio. Desde años atrás había tenido noticia de que al oriente de Mojos habitaban varias tribus, entre las cuales se distinguía la de los Baures, que moraban próximamente unas cuarenta leguas al este de Trinidad. Deseoso de conocerlos, el fervoroso apóstol se adelantó hacia el oriente, y tuvo arte para entenderse no solo con los Baures, sino también con otras dos tribus llamadas Guarayes y Tapacuras. A lo que él pudo averiguar, los Baures eran indios algo menos salvajes y un poco más inteligentes que los Mojos. Tenían ciertamente costumbres bárbaras, y habría de costar trabajo atraerlos a la vida cristiana, pero con todo, observando la buena amistad que en algunos pueblos le manifestaron, creyó que con el tiempo se podría extender la luz del Evangelio, no sólo en los Baures, sino también en otras parcialidades que confinaban con ellos. No era tan fácil comunicarse con aquellas regiones, porque en la temporada de lluvias, es decir, en la mitad del año, solían cerrar el paso las inundaciones de algunos torrentes que circulaban por aquellas llanuras. Empero llegada la estación de la sequía, no había obstáculos para caminar por aquellos vastos territorios.

El año 1702 el P. Cipriano Barace pidió permiso al superior para intentar introducir la fe en los Guarayes, Tapacuras y Baures. Concediósele lo que deseaba, y habiendo hecho las prevenciones que juzgó convenientes para la empresa, el infatigable misionero salió de Trinidad el 17 de Agosto, acompañado de un indio de su reducción, de dos mozos que le servían como criados y de un muchacho que le ayudaba a misa. Llevaba consigo el altar portátil y una mula cargada de donecillos. Llegó a los indios Guarayes, pasó algo adelante, pero al poco tiempo perdió